

869.5
K8420

Monte Avila Editores Latinoamericana

**Martha
Kornblith**

Oraciones para un dios ausente



Oraciones para un dios ausente

Colección
Las
formas
del
fuego

Marta
Kornblith

Oraciones para un dios ausente



Monte Avila Editores Latinoamericana

1ª edición, 1995

Foto de portada
Salto
1993
San Fernando de Atabapo
RODOLFO CIIAK

D.R. © MONTE AVILA LATINOAMERICANA, C.A., 1994
Apartado Postal 70712, Zona 1070, Caracas, Venezuela
ISBN: 980-01-0866-1

Diseño de colección y portada: Claudia Fraser
Composición / paginación electrónica: Enedé, C.A.
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

869.5
K8420

\$7.50

mea Feb 2/96

foto 73534

*A Fernando Yurman
Por sus íntimas convicciones
Sus secretas alegrías*

Por eso dedicamos nuestros libros
a los muertos.
Porque tenemos la vana convicción
de que nos escuchan.
Nosotros, cómplices de oficios
menos inocentes,
creemos que seremos dioses
en otros mundos
porque pensamos que la felicidad
es la distancia del milagro
cuando soñamos con una palabra,
cuando vemos alzarse los aviones.

Mi primer síntoma
fue callar la protesta.
Sólo hubo tardes
de presencias inútiles.
Asistir a la hora exacta
para ahogarme
en silencios no descifrados.
Si no pudieron los expertos
quién hará hablar a la renuncia.
Las luces de neón en el camino
dicen más de mi ruina cotidiana.
Desde entonces
he dejado de merodear
en el pasado

Por eso me volví poeta
porque pasa lento el tiempo en la soledad.
¿No es apenas un peligroso instante
lo que sostiene nuestra cordura?
¿No depende la locura
de nuestra única, frágil cuerda?
¿No pende ella de un sólo término,
del preciso término,
aquel que nos salva
o nos condena?

Mi universo temático
sólo abarcaba
tres frases escuetas:
pienso que tú
dices de mí
que yo digo que él
piensa de mí
en mal sentido.

Tus padres te miran.
Ellos habitan en tus delirios.
Te recuerdan las fechas,
el cumpleaños, el aniversario.
Te corrompen tus sueños.
Conspiran en las viejas fotos.
Te anuncian tu próxima liberación.
Tus padres te dicen:
Todo tiene solución
menos la muerte.
Pero yo sé que nunca más
callarán mis nervios
y me hundiré en mi muerte simbólica.
Sin más definiciones.

Recuerdo tus detalles más inocuos:
tu forma de enfriar la sopa,
tus zapatos Florsheim,
tu gusto americano.
Tu colección Dunhill,
tu afición por el tabaco caro,
Fred Astaire y el *Puente sobre
el río Kwai*.
Lo demás
era mierda.

La calle está llena
y hay una mujer
que en el fondo de su cuarto
llora sola.

Ama a un hombre
que escribe teorías.

Recuerda el día
lleno de adioses últimos.

Es de noche,
y afuera
me llueve.

Porque es viernes,
diciembre
y te vas.

Me dices que te hable sobre mi vida.
Yo te propongo un poema sobre la locura.
Me propones una frase para desarrollar un poema.
Poema es momento presente, lo que me ocupa.
Me dices que me ponga en el lugar
de la que me hubiera gustado ser.
Yo te digo que una actriz de cine
famosa para vivir y ser amada por miles
que es como volar por encima de una playa
y saber que aquella gente me mira y me llama.
Eso es morir.
O suicidarse.
Vagar como un fantasma ausente
en la conciencia de miles sin cuerpo ni cara.
Para verlo tomar palco entre miles estupefactos
y llamarme.
Suelo volar como una paloma herida
en una playa interminable
y dejar rastros de sangre
ante el tin tin ausente
de tu teléfono,
llamarte es confrontarme con la realidad inexorable
de un fracaso.

Este recuerdo a lo ancho de lo eterno,
esa presencia ausente,
esa memoria que no respeta al cuerpo
(la muerte se aleja sin despedidas).
Esta angustia de no poder,
esa asfixia.

La casa está quieta.
Las cosas temen a sus habitantes.
Un cuadro pernocta sobre otro cuadro.
Una foto se lanza al precipicio.
La noche es breve.
Los visitantes son breves.
Los peces navegan indiferentes.
Soy el único que vive.
La ensoñación se roba la idea.
Queda la costumbre de la angustia.
Buscar otro sueño.
Otro destino.
La casa está quieta.
Ya no danza con sus invitados.
La casa se resiste a sus habitantes.

No hay nada que me duela más
que el dolor de mis padres
por sus padres muertos.
Cuando brindan calladamente en su memoria,
en un almuerzo frente a su niña linda viva.
Cuando mi mamá le lleva flores
a su mamá en el cementerio.
Yo me veo frente a su tumba
llorando algún día.
Porque ya no la tengo,
y ella ya no tiene a su niña linda.
Me acordaré que me contaba
cuentos sobre su mamá que a mí me aburrían
como una forma de dejar un atisbo
de su memoria.
Yo estaré alerta de rescatar que:
a mi papá de niño sólo le podían dar un penny
para ir a jugar a
Coney Island.
Que mi mamá se estrujó toda la vida
entre sentimientos de culpa
porque en su época no existía
el confort de los psiquiatras.

En el día del entierro
uno anda como un ciego.
En la casa,
nos esperan ansiosos
los espejos.

No me digan que la tierra
que cubre tus gestos
es la de tu origen.

Mi madre me entendía.
Conservo de ella su libreta.
Ningún teléfono al que llamar
una huella de su herida.

En las noches
los sueños me laceran.
Somo dos,
las que asistimos a un cielo
imperfecto.
Veo el ojo,
pero el ojo es ciego,
veo el sol,
pero lo subyace la penumbra,
veo al hombre,
pero el hombre me reniega.
Me paseo sobre un dios,
que estoicamente sufre.
Una vez viví en esos países
donde ahora habitan
hombres que ya han muerto.
Los veo como afirmación,
pero son sólo una metáfora,
los quiero, pero no me reconocen,
veo el cuarto
pero esos cuartos
ya tienen huésped.

A veces
es preciso
volver a los recuerdos
para anular la memoria,
aniquilar vestigios,
otras vidas,
saludar viejos lazos,
decapitar antiguos papeles,
zozobrar de nuevo,
para que vuelvan a decir
y no tener,
no poseer nada.

Si mis ropas mueren
con el ocaso de mi cuerpo
y la rendición de mis pasos,
si las cosas oscurecen
con la opacidad del día.
Si las horas pierden su agilidad:
¿Habrà minuto capaz de definir
la estaticidad del tedio?

Mientras sólo
nos observan de reojo,
nos acusan de irrealistas delirantes
y naufragamos
en las lavadoras.
¿Sobreviviremos
al sopor de las cocinas,
a la puntualidad de los recibos?
Seremos
personas cotidianas,
sólo cotidianas
pero no acudiremos a la cita.
Fingiremos morir.

Ese poeta que me mira.
Todas las noches,
sale de clase,
dilucida un verso,
espanta las moscas del bebedero,
bebe un sorbo,
sacude su blue jean.
Y lo sigue haciendo, siempre
triste,
lacónico.
A veces
el público lo aplaude,
él sólo merodea en su bolsillo,
hunde su frente en el palco
mientras yo pienso:
El
y la página en blanco.

He visto a un poeta escribir
acerca de la inutilidad de la poesía.
Ellos, en el final de sus vidas,
se vuelven caóticos y telúricos,
reflexionan sobre el cosmos,
denigran, con justa razón, del poema
mientras sus manos convulsionan
sobre un vaso de whisky
y vuelven al tormento inicial
que se expande ahora a las dedicatorias.
Dormitan sobre sus carátulas
pero ya no conspiran, como otros, en los salones.
Buenos y visionarios
no confiesan nunca su debacle,
están sobre el fin del mundo.
Lloran porque la palabra se ha vuelto estúpida
y se preguntan si ha sido legítima la espera.

Hoy termino de aprender
que no hace falta
sólo un íntimo comienzo,
la palabra conclusiva
que lo vincule
y lo enlace todo,
que para escribir un poema
(dulce y ahito recodo)
hace falta fundar
en las estrofas
un lugar donde permanezcan
nuestros silencios.
Tampoco bastan las sentencias,
gesto final y tardío:
(esta ocupación, la más
inocente de todas)
es preciso que el amor
se instale en leve abrazo
y anude las palabras
(tampoco se llega lejos).
Es necesario descifrar
la exacta medida, el vínculo necesario
donde surgen las hipótesis,
adentrarse en el punto decisivo
en que se cruza el verbo y
la mirada.

Aunque el amor,
dicen,
es una palabra
que no le hace bien al poeta mencionar,
he buscado las mejores formas de decirte
que se construye a pequeños plazos,
que me diste pequeñas cuotas de inspiración
y a cambio te reemplacé en algunos versos.
Me he visto en tantos de tus poemas
que he abandonado mi adicción a los espejos
y ya no dejo mi imagen derramada en las aceras
(a cambio de tus pequeñas dosis),
en las que dejé mi historia personal
(eso que llamas talento fácil y gratuito),
pero quizás mis versos se conocerán un día
como productos caros y lujosos,
los hice a partir de esa palabra
que no será bueno mencionar
para el bien del poema
y el mío propio
y el tuyo quizás,
tan atado ahora a esa convención
de ya no reemplazar amores en poemas,
quizás alguien deberá escribir poemas por ti
mientras yo derramo mi imagen en las aceras
en busca del origen de tu poética
(de tu historia personal)
tan conocida en estas calles
donde yo busco una nueva dosis de inspiración
para amparar a mis poemas de la muerte
y a mí de la muerte por los poemas

y esa palabra
que no conviene
al poeta,
ni a ti,
ni a mí,
ni a este arte,
de reemplazar amores en poemas,
muertes,
hijos,
de ofender amores en poemas,
de herir amores en poemas.

Inexorable
te abres al fin,
fugaz como un beso
sembrado en la oscuridad,
esa forma de anticipar
frases que tienen que ver
con el tiempo.
Converge en ti esa sabiduría triste
(acuso una melancolía sola),
tienes esa manera ilustre de aparecer
sumido en el intertexto,
pero es preciso demorar
este poemario del tiempo,
impecable llegaste al fin
(tu discurso espera, ávido de horas).

No he cambiado mi forma
sólo le he dado un nuevo destino a las palabras.
Te sorprenderás de esta nueva manera de darme,
estoy harta de esta manía de suicidarme
en cada verso, cada ocaso
quizás sea así,
probablemente la partida.
No he cambiado mi forma
sólo he decidido disimular
esa costumbre trágica
de abandonarme en el inicio
y reanudarme en la caída.
No he perdido el motivo,
he retomado mi manera habitual,
he reanudado el proceso,
no he perdido mi hilo central,
esa forma triste de designarme
en cada línea.

Crear en ti
sería una buena forma
de comenzar a reconciliarme
con el mundo.
No creo Lucien
en un dogma parecido
que refleje una verdad
sencillamente manifiesta,
puramente estructural
(en un nivel estructural
más profundo),
si mi cambio se concibe
histórico
iré al margen del tiempo,
irremediamente histórica,
no creo Lucien, de tu concepto marxista,
la posibilidad
de hallar una posición
en este mundo
(a pesar de esa verdad
tan ortodoxa),
tendré que seguir cambiante
portando tu objeto de estudio
(aquellas contradicciones),
buscando tu utopía
tácita y decadente,
mi término subyace
a tu teoría,
me busco tras aquel signo rancio
(aquella conciencia posible),
no creo Lucien, en la posibilidad

de hallar una posición
en este mundo
(tan a pesar del cambio histórico).

En julio,
por una soleada tarde de domingo,
Vincent Van Gogh salía hacia el campo
con una pistola en el bolsillo.
De esos últimos setenta días de vida
mi viejo libro de arte registra
el color febril de una iglesia
en el centro de Auvers,
Mademoiselle Gachet en el jardín
y el retrato que su psiquiatra, el doctor Gachet,
quiso con mucho antojo y capricho
y con el que Vincent cumplió
en junio.

Yo, que hoy he fallecido algo
y sólo observo, quizás como Van Gogh
me suicidaría para no tener que morir.
Yo, como el doctor Gachet,
no te abandono y te entiendo,
he paseado por tus mismos jardines de locura
y reproducido muchos de tus árboles
(con poco éxito).

Sé del moho y del orgullo con que Tate Gallery exhibió
aquel millonario cuadro y que Vincent,
generoso con él mismo, sólo pintó
para alegrar su cuarto
(aquel donde apenas cabía un melancólico catre).
Vincent Van Gogh pintó mucho
pero nunca vendió un sólo cuadro.
Por mil ochocientos ochenta y ocho
le pegó en la cabeza a Gauguin,
pintó primaveras bajo cielos turbios,

le regaló su oreja a una prostituta.
Felizmente, los años no reseñaron
la pintura de un loco, sólo la de alguien,
quien infinitamente sólo sentenció:
*Sin embargo, hay en mí una especie
de música serena y pura.*

De la pálida asepsia del manicomio de Saint-Rémy
se desprende una frase que siempre
he compadecido: *Theó, mis ojos y tus ojos
son tan azules y tristes como los del doctor Gachet.*
Hoy, que te entiendo, no te abandono
y te compadezco con dulzura, te pinto y te expongo
con mucha pedantería
en mi sala.

El pobre Vincent, quien apenas quiso expresar tristeza,
solamente hizo poemas de alegría.

Antes de que la vergüenza
borrara el recuerdo de los crematorios,
un filósofo pidió al mundo
que no se escribieran poemas.
Escribir un poema
después de Auschwitz es imposible
—dijo—,
es una barbaridad.

¿Qué escribir sobre el color gris,
las fotos de los cabellos,
los lentes y los cadáveres?
Ese filósofo —Adorno—
prohibió cantar a los pájaros.
No había mucho que decir,
en tanto,
esos hombres no aprendieron poesía
en Treblinka.

Nunca quitaron el polvo **de** sus pocilgas,
ni superaron la envidia del gato.
Günter Grass

se volcó contra el mandato de Adorno.
Quería *poner a prueba* su talento.
Escribió un poema llamado *Ascesis*:
*Tienes que utilizar ese traje
una vez y otra*

y no llevar nunca un traje nuevo.
*Tienes que vivir de la orina
de los riñones mal lavados.*
Esto recordé cuando iba a escribir
un poema.
No había sobre qué decir,

salvo las tertulias de hambre,
la imposibilidad de abstraer.
Había que andar
con el lápiz bien afilado.
Y escribir:
no escribas poesía
ni envidies la seda de las sinagogas.
Lo digo hoy
hastada de miedo.

Hay días que viven en la memoria
como aquellos en que aprendimos las palabras,
y botamos las muñecas,
vimos por última vez a esos parientes.
Sé que es a ellos a quienes busco
cuando temo no llegar a la cita.
A los cinco, un universo que llamé remordimiento.
La suerte, una palabra que venía en un papelito
que comprábamos por un sol.
La suerte que decían las gitanas
que llegaban al final de la tarde.
Suerte era encontrar un trébol en el césped:
el perro escarbando para esconder un hueso
(Fortuna se llamó mi segunda madre).
Si todo el mundo ha de hacer un día
un poema sobre su infancia
sería absurdo repetir
que había que llegar puntual a las damas chinas,
a la hora del llanero solitario,
hacer de la cuadra nuestro pequeño mundo,
ese que aún busco cuando exploro un gesto
que me delate en la fotografía
algún atavismo.
El día se acababa cuando guardábamos las bicicletas,
luego nos asustaba el fantasma de la noche
pasando con su claxon de miedo.
El viejo manicomio de la esquina era
la hazaña más temida de nuestro territorio de juguete.
Más tarde tuve afecto por los locos famosos
y con mis amigos hablamos de poetas
que no hubieran asesinado su insomnio

si hubiesen existido los antidepresivos.
También conocí a esos doctores infames
con sus consultorios de magnates,
recibiendo en antesalas de chismes,
amenazando con curas,
yéndose de viaje en el peor de los momentos.
Pero fue bueno haber aprendido las palabras
(para no decir los paraísos perdidos)

Suerte Fortuna,
porque esas palabras me acompañaron
el día en que me dije Calle Valle Riestra 250
para no sucumbir a un vocabulario de miedo
y recé para adentro:
Escucha Israel,
Dios es nuestro Dios,
Dios es uno.

Sería fatal decir
que el tiempo lo dirá,
el tiempo es mudo
como tus cosas
que no me hablan.

Estaba permitido
embriagarnos con agua
para olvidar
lo que no éramos,
porque al fin y al cabo
todo había perdido su sabor.

Eramos
seres expulsados del Edén del mundo,
para nosotros
no se hacía la luz,
atrás nos habían dejado
los paraísos.

Eran cruentas las despedidas
en la víspera de alguien
que se iba a soñar
que alguna vez abriría la puerta.

Todos nos dijimos
visitarnos en un mundo mejor,
pero no cumplimos la promesa.

Ansiábamos entre los muros
un horizonte que no veíamos
como un anuncio que promete
una isla de mares cristalinos.

Esperábamos a nuestros doctores
amasando el pan del almuerzo
para fingirles
que aún existíamos.
En las horas más rancias
nos tomábamos de los brazos.

A veces se nos permitía
echarnos al sol
para no vernos.

Circulaban los libros,
Wayne Dyer, Buscaglia,
Cómo vivir la vida feliz,
La universidad de la vida
y otros.

Para los más sabios
la poesía era un lugar
donde orquestar su huida.

Hubo un hombre.
Me regaló a Laing y a Cooper
y aunque predicó allí la antisiquiatría
no sobrevivió a la burla
de los conjuros médicos.

—Pintor se decía—
traficó con droga y dinamita.
Propagó ofertas de matrimonio
que tenían como única garantía
algunos pésimos bocetos.
Entonces le mostré la psicopatía
en un poema del colombiano Asunción.
Saltó los muros.

Allí encontré
las mejores metáforas.

Mi amiga y yo hablábamos
de conciertos de perros en las noches,
de ladridos que creíamos
nos llamaban a nosotras.
Supimos que el delirio era
una forma de sostenernos
en los precipicios.

Orquestamos bailes
con músicas que no sonaban.

Salvo las horas de miedo
también era posible reír.
De las reuniones de quejas,
de la carne dura,
de falsos mormones
que profetizaban nuevos advenimientos.

También recé
a un Dios que no era el mío
cuando nos juntábamos a las siete
después de la cena.
Nos permitimos mezclar
la leyenda de Cristo
con la de David y Salomón,
porque cualquier cosa era buena
si se trataba de hallar
una esperanza en ese templo.

No creo que fueras mala,
clínica Monserrat,
sólo que tenías cosas buenas y malas.
Te olvidé cuando la libertad
se me reveló,
se posó como un estandarte,
como algo que ya no me desmerece
y me obliga
en un muro de ladrillos
frente a la ventana ahora abierta.

Desde entonces
Dios es alguien
que resurge de esos garabatos
para no saber
que aún hay seres
que en las madrugadas

maúllan al unísono
llamando a sus madres.

Dime Jessy Jones,
¿no crees que mi odio sea analizable?

Me citan.
Me controlan.
Me dosifican.

Dime Jessy Jones,
cuáles son los caminos que conducen a Bridge Town,
Cinamon City, Orson Gate,
donde caigo de bruces frente a la palabra,
que en definitiva es él,
y entonces la rabia cede.

Así soy yo:
la rabia regresa junto con el aburrimiento.
¿Sería mi aburrimiento mi histeria?, dijo Barthes,
para eludirlo, disfruto una ceniza quemándome el centro
[del cuello,
la nada, el detalle sin fuerza.

Así soy yo:
busco tu nombre en la guía telefónica,
llamo y cuelgo.

Perdóname, reconociste el sonido de los grillos en mi
[cuarto,
sabías que era yo (era la una de la madrugada),
solté un brinco, tomé una ducha y exclamé frente al espejo:
estoy en él, vivo en él,
dormí suavemente, con voluntad.

Esta es mi lógica interna:
suicidarme se ha convertido en mi divertimento, mi
[vocación:
hace días, tomé quince fármacos y lo llamé para decirle
que era la única forma de lograr que me atendiera.

Así soy yo (manipuladora):
invento nombres de ciudades, no porque signifiquen,
[sino
para darle un ritmo al poema.

Vamos Jessy Jones a Bridge Town, Cinamon City, Orson
[Gate,
allí donde la rabia cede y yo voy con botas, un abrigo y un
blue jean a un café citadino. En él, varios poetas se
interesan por el suicidio como una elección personal
[de la muerte.

Esos bares, paradójicamente, son tremendamente
[insomnes,
insuflados de vida.
En definitiva, nadie es capaz de decidirse.

Dime Jessy Jones,
¿no crees que mi odio sea analizable?

Por favor, culpa al contexto,
rompe el límite.

Así es mi rabia:
me persigue, me hace ir del vértice del bien al mal.
Odio,
manipulo,
me autodigo puta loca, loca puta,
llamo y cuelgo,
cuando desaparece
digo gracias.

Dime Jessy Jones,
¿no crees que los verdaderos limitados son los médicos?

Este poema tiene su historia secreta:
nace de un sueño
muy personal,
un sueño-libro.
Trama, desenlace, paradoja
concluye (como nunca me suele ocurrir).
¿Eras tú, Jessy Jones, quien me decía que llevara más dinero
[al colegio?

De niña desarrollé una gran habilidad para robarlo de mis
compañeritas.
Colegio, casa, parque.
¿Eras tú, Jessy Jones, o el espectro de la rabia, o del amor,
o de la madre?

Ella:
buscó amor en los conciliábulos médicos,
intercambió roles, rompió los límites para idear una
[relación
formal amorosa imposible.

Ella:
no tiene criterio de realidad,
desea más allá de lo deseado,
no tolera las frustraciones.

Ella:
se enamoró primero de su jefe (lugar común),
la apedrearon por loca,
ese fue el antecedente de la primera consulta
deprimida.
Ellos levantaron el telón,
el síntoma: su fracaso para realizar la expectativa.

Ella no tolera que le nieguen algo,
le dieron un mundo de confort, mármol y oro,
forma berrinches,
tira las puertas,
odia que la ignoren,
aunque a veces busca brillar por su ausencia y cuando
se suicida
olvida que no hay nada más olvidado que un muerto.
La gente, comentaba Chaplin, me pregunta cómo se se me
[ocurren
las ideas. Ellas nacen de un deseo incesante de tenerlas.

Tú eres la palabra:
mientras más me rechaza más la busco,
cuando la encuentro, puede que me acaricie o me
[maltrate,
se queda por tan sólo un instante, y luego se va con otra.
Tú eres la palabra:
me apedreas por grosera,
te saco provecho literario,
te quiero joder.

(1988)

¿Nunca se acabará este insistente tono ladrillo:
la tediosa carretera que conduce
a otro sandwich artificial?
Quizás cuando se abran
las tontas luces de Orlando City
y los turistas consuman su último dólar.
Jamás habrá un accidente en la sonrisa
que religiosamente desea un buen día.
En todos los recodos del camino
convergirá la misma canción:
Nena, tu fuego me quema,
mientras el sol ahuyenta a cada próxima gasolinera.
Tan reacio
todo.

Me quedo mirando la palabra,
la ruina que originó mi primer verso,
sólo cosas diciéndose por siempre y nunca más,
no habrá más talento surgiendo en los escombros,
sólo letras de otros anuncian el desastre.

<i>Por eso dedicamos nuestros libros</i>	9
<i>Mi primer síntoma</i>	11
<i>Por eso me volví poeta</i>	13
<i>Mi universo temático</i>	15
<i>Tus padres te miran</i>	17
<i>Recuerdo tus detalles más inocuos</i>	19
<i>La calle está llena</i>	21
<i>Me dices que te hable sobre mi vida</i>	23
<i>Este recuerdo a lo ancho de lo eterno</i>	25
<i>La casa está quieta</i>	27
<i>No hay nada que me duela más</i>	29
<i>En el día del entierro</i>	31
<i>No me digan que la tierra</i>	33
<i>Mi madre me entendía</i>	35
<i>En las noches</i>	37
<i>A veces</i>	39
<i>Si mis ropas mueren</i>	41
<i>Mientras sólo</i>	43
<i>Ese poeta que me mira</i>	45
<i>He visto a un poeta escribir</i>	47
<i>Hoy termino de aprender</i>	49
<i>Aunque el amor</i>	51
<i>Inexorable</i>	53
<i>No he cambiado mi forma</i>	55
<i>Creer en ti</i>	57

<i>En julio</i>	59
<i>Antes de que la vergüenza</i>	61
<i>Hay días que viven en la memoria</i>	63
<i>Sería fatal decir</i>	65
<i>Clínica Monserrat</i>	67
<i>Dime Jessy Jones</i>	71
<i>¿Nunca se acabará este insistente tono ladrillo</i>	75
<i>Me quedo mirando la palabra</i>	77

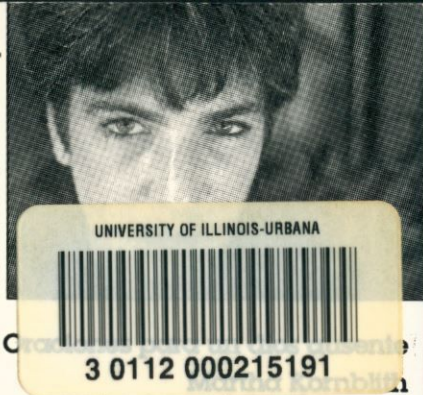
Esta edición de ORACIONES PARA UN DIOS AUSENTE se terminó de imprimir el día 30 de junio de 1995 en los talleres de Editorial Melvin, situados en la calle 3-B, Edificio Escachia, La Urbina, Caracas, Venezuela, Impreso en papel Premium.

La Colección **Las formas del fuego**

toma su nombre de una obra
del gran poeta José Antonio Ramos

Sucre, reconocido precursor
de la nueva poesía venezolana,
a quien rendimos de este modo
un merecido homenaje.

En sus páginas hallarán cabida
textos poéticos y de narrativa,
así como eventualmente ensayos
y traducciones; se trata de una
serie destinada preferentemente
a los jóvenes escritores y a
quienes se inicien en la literatura.



La enfermedad, la orfandad, el amor,
el deseo de la muerte, la idea obsesiva
del suicidio, la dolorosa verdad que todo esto
implica y el riesgo de asumirla, están
presentes en los poemas de este primer libro
de Martha Kornblith, quien, a través de una
poesía confesional muy cercana,
en sus extremos, a la proposición de Silvia
Plath, aborda los reductos del Yo:
la apasionada exposición de su singularidad,
la confesión de las humanas miserias, eso
pequeño y enfermo que muchas veces somos,
ese yo huérfano y desprotegido,
perdido en una casa donde «las cosas temen
a sus habitantes» y donde «los espejos nos
esperan ansiosos».

Martha Kornblith (Lima, Perú, 1959)
es Licenciada en Comunicación Social de la
Universidad Central de Venezuela; en la
actualidad estudia en la Escuela de Letras
de dicha universidad y es integrante
del grupo literario «Eclepsidra».